



LAS CIUDADES FANTASMAS DE LA PAMPA SALITRERA

(Segunda Parte)

Texto y Fotos: Ismael Espinoza¹

LAS CIUDADES FANTASMAS DE HOY

Los antiguos campamentos salitreros abandonados ejercen una extraña fascinación sobre los viajeros que hoy día atraviesan la pampa nortina. Muchas veces he tenido que cruzar el desierto, casi siempre solo. Y tal vez no hay mejor manera de vivir esas grandiosas vastedades, que hacerlo en soledad.

La vista se pierde en la sinfonía roja de la pampa, enmarcada por los cerros también rojizos de ambas cordilleras. A veces se divisa a lo lejos la columna de un remolino de arena que avanza caprichosa y zigzagueante. El reverbero de las arenas recalentadas simula muchas veces grandes extensiones líquidas. Tal vez más de algún antiguo aventurero del desierto fue engañado por los lejanos espejismos.

Al correr de la tarde, los tonos rojos se hacen más violáceos, llegando a ser azules al cruzar el salar.

Sorprende divisar, cerca del horizonte, el contorno de unos muros gastados que parecen ser los de una fantástica ciudadela. Se cree estar soñando al constatar que una verdadera ciudad amurallada se alza en medio del desierto. Pero ningún ruido ni signo alguno de vida se desprende del conjunto gris. Es una ciudad fantasma.

¹ Este artículo fue publicado originalmente en la Revista EN VIAJE, N° 455. Santiago de Chile, octubre de 1971.

He salido del camino tratando de encontrar la antigua huella que conduce a la entrada. No hay portón ni barrera. Sólo quedan los muros de adobe. Todo lo que fue de madera o de fierro ha desaparecido en manos de los que obtuvieron la concesión para desgazar las instalaciones, y el resto ha sido arrancado de a poco por los muchos que han buscado materiales en los viejos campamentos.

Ni un insecto, ni una lagartija que alce su cabecita curiosa para mirar al visitante.



En la calle salitrosa, hileras de muros que constituían el campamento. Los techos, las puertas y las ventanas han sido sacados, quedando sólo las mudas bocas de los huecos vacíos. Con un estremecimiento me introduzco en una casa. Los pasos resuenan en el duro piso de caliche apisonado. Las murallas blanqueadas están llenas de inscripciones y de dibujos hechos por los obreros 50 años atrás. Pocos son los hombres descifrables, pero sí abundan los dibujos casi infantiles, casi siempre cuerpos de mujer de largas cabelleras y anchas caderas. La soledad del obrero pampino, reflejada en estos dibujos, se han sumado a la del desierto. Quizás cuál ha sido más honda...

En un ángulo los restos de un fogón. Todavía quedan cenizas que al tocarlas se deshacen.

Salgo de la calle y camino hasta una especie de plaza. Las casas de la administración han desaparecido, y sólo quedan las huellas de los cimientos donde se alzaron los pilares de madera. Unas construcciones más elevadas señalan los restos de la planta elaboradora, en otro tiempo trepidante y humosa. Sólo quedan los muros y el piso de cemento, porque hasta los rieles empotrados en el concreto han sido sacados. Restos de carbón coke indican el lugar donde se hallaban las calderas.

En extensos basurales, sobre el barro reseco, pedazos de loza, restos de botellas de curiosas formas, un bototo con abotonadura de hueso, trozos de alambre y de metal y una vieja cuchara de latón. El vidrio calcinado por el sol del medio siglo, ha tomado un tono violeta muy curioso, y doy un grito de contento al encontrar una botella completa, de glorioso color morado. Después de mucho, logré reconstruir la mitad de la tapa de una sopera, con la decoración característica del “art nouveau” de principios de siglo. El grueso gollete de cerámica de una botella de cerveza me recuerda las que se usaban como guatero en el campo.

Tras un muro bajo más polvoriento que los otros, desordenadas hileras de cruces de madera clavadas en la arena. Hay muchas caídas, pero otras todavía están en pie y lucen descoloridas coronas de alambre con flores de papel: son las únicas flores de la pampa salitrera, las flores de los viejos cementerios. Los nombres y las fechas se me nublan, y tengo que sentarme, abrumado, al pie del muro carcomido.

Al rato siento una ráfaga de viento frío y advierto que el sol está a punto de ponerse tras la cordillera de la costa. He pasado casi cuatro horas vagando entre las ruinas.

Dos horas después, la descansar en los cómodos sillones del Casino Español de Iquique, en compañía de un amigo, toda sensación angustiosa ha pasado; pero la impresión de abandono y de tristeza dejada por los pobres murallas quemadas por el sol y azotadas por el viento de la pampa, es imborrable.

DOS MUSEOS EN LA PAMPA

De todas las antiguas salitreras abandonadas, sólo dos han sido más o menos decentemente conservadas: la oficina Chacabuco, casi junto a la bifurcación de la carretera panamericana hacia Calama y la Santa Laura, al comenzar la bajada al puerto de Iquique.

Muchas de las maquinarias e instalaciones han desaparecido; pero el conjunto de edificaciones se conserva casi intacto.

Si es imperdonable el descuido de los chilenos y de las autoridades encargadas de preservar el patrimonio cultural del país, frente a la destrucción sistemática de tantas otras oficinas, al menos estas dos deberían ser declaradas museos o monumentos nacionales restaurándose sus instalaciones, maquinarias y vehículos de la época.

Algunos vecinos de Iquique se han comprometido en la tarea de devolver a Santa Laura su antiguo rostro.

Ojalá que el Ministerio de Educación, la Dirección de Archivos y Museos, las Universidades y las Municipalidades respectivas comprendan la urgencia de rescatar de la ruina esas reliquias de una época, de una industria y de unos hombres que hicieron historia que la cambiaron y que dieron a conocer el nombre de Chile en el mundo entero.